

Mena al castillo que hoy ocupa, distante dos mil pasos de la propia ciudad, en virtud de donación irrevocable de aquel senado y promoción del referido señor de Mena; habiendo habido para esta traslación particulares convenios entre los padres Cartujos y Terceros, con intervención de ambos cabildos y del mismo señor Mena.

Tiene su situación este convento sobre el alto monte donde, según han escrito algunos autores, estuvo la colonia *Julia Constantia* llamada *Osset* en las Medallas, y que es también donde sucedía el milagro de llenarse repentinamente la pila bautismal de agua cada año el sábado santo, colmándose mucho sin derramarse, hasta que llegando á tocarla el primer bautizado, bajaba el agua quedándose al igual de la pila. Varios autores refieren este milagro en *Osset* y entre ellos San Gregorio Turonense, pero la duda está en si es este *Osset* ú otro. Lo cierto es que enseñaban en la iglesia una pila bautismal que decían ser la del milagro.

Antes de que se alzara sobre aquel cerro el convento y templo de que brevemente nos ocupamos, viose dominado por un señorial castillo de robustas torres y dentelladas murallas. Allí, al pié de aquellos muros se vieron un día las tiendas de campaña que abrigaban á varios obispos y prelados y con ellos el rey aliado de Granada, cuando la toma de Sevilla; allí resonaron las trovas de amores del enamorado doncel que suspiraba ternezas bajo la ventana de la torre gótica dó estaba dormida su amada; allí en aquel patio de armas se reuniera un puñado de héroes al que vió el Guadalquivir marchar decididos á la conquista de un mundo.

Ahora ya no: ahora sobre aquella esplanada guerrera aparece una humilde portería religiosa, sobre su torre señorial abre sus brazos una melancólica cruz; la paz ha sustituido á la guerra, el Evangelio ha reemplazado la espada, al estrépito de las armas ha sucedido el roce de las vestiduras de los monjes.

Poco tenemos que decir de este convento. Su iglesia tiene una preciosidad, una joya de mérito y valía. Es un altar mayor desestimado por antigualla en la parroquia de San Juan de la Palma y recojido por los religiosos. Es de los mejores que pueden verse, sobre todo sus pinturas pertenecientes al santo precursor y á San Juan Evangelista, que se han tenido y se tienen por de Pedro Campaña; los cuadros son muy grandes y las figuras del tamaño del natural.

Este edificio está lleno de recuerdos de un hombre que, dedicado á las ciencias y á las musas, ha sabido hacer de su hombre un signo de respeto, de amor y de veneración para los futuros siglos. Pretendemos hablar del célebre eclesiástico Don Manuel María del Marmol el cual, dice un escritor, con frecuen-

cia buscaba por temporadas la soledad y la hermosa naturaleza de aquel sitio, cuando se lo permitían las públicas atenciones de su propensión benéfica, ó cuando buscaba en su retiro mayor reposo y calma para sus tareas literarias y la inspiración de sus romances favoritos. Los religiosos de dicha comunidad le amaban por sus beneficios y le respetaban por su ciencia. Cedíanle para alojamiento la celda prioral que á su cuenta decorara y todavía sobre el frontis de la misma se encuentra una lápida que perpetua su memoria en esta forma:

Emmanuel Maria del Marmol Sacerdos Palatinus
Regis Hispalensis Philosophæ Antecessor
Primariam Fratrum Conventus Ossethani Cellam
Ipsam Cerebror Hospitantem
Parietes Pulchris Tabulis Ornans Ambitum Commodis Cellis Circumdans
Portas Gratos Colores Induens Emmanuelem Jurado Prelatus
A. E. C. Decorare Curavit
Et. AN. AG. N. CDDCCXXX. RAC. E. N. Septembris.
Grati Ob Hospitium Animi M. P.

Amas de esta inscripción, hay otras empotradas en los asientos del atrio del mismo convento cerrado con verjas, en las que se lee que fué este sabio el que costeó todas aquellas obras. Pero qué país tan bello, esclama un escritor, no se admira desde su cumbre, cuando sentados sobre los miradores que este eclesiástico formara, y cuyos estribos son las antiguas torres de las murallas que rodeaban la altura, se presenta á la vista una inmensa esplanada de verdor y cielo, un grande río que la serpentea, una vasta campiña que la enriquece, tantos caseríos y edificios como la pueblan; y allá en perdida lontananza, el panorama de la gran ciudad que alza su catedral y su giralda, sus torres y sus iglesias!

«La época de la semana santa con sus funciones religiosas nos alcanzó estando allí, y ciertamente que nada puede presentarse de mas religioso y mas patético, que la celebración del culto y las particulares ceremonias de estos días, durante la noche del jueves y del viernes santo, sobre aquella pintoresca eminencia, al resplandor de las multiplicadas luces de su iglesia, en medio de aquellos campos y entre la majestad de las sombras de la noche. Como este convento, aun en tiempo de las comunidades, sirvió siempre de parroquia á los habitantes del inmediato pueblo de su nombre; toda su población sube la noche del viernes santo para oír la pasión del que redimió el mundo, y mas de una vez contemplamos cuanta es la ilusión de lo que allí se recuerda, cuando el predicador recita el paso de las olivas, no siendo sino sobre otro monte

todo cercado de ellas, desde donde dirige á los fieles sus religiosas palabras. Recordamos tambien la parte dramática con que entre tan sencillo auditorio se representan todos los años por aquel pais, de tanta imaginacion para todo, los hechos de la pasion; y no olvidaremos jamás la sorpresa que nos causó (ignorándolo con anterioridad) el estampido de los tiros que ahogaban la voz del predicador, para figurar mas á lo vivo (como decian) la conmocion de la tierra á la muerte de Jesucristo. Inspiran con todo cierto respeto en semejantes dias y á tales horas, aquella altura, su soledad, el aire misterioso de la iglesia y la voz de aquellos religiosos que, cantando bajo las bóvedas de su coro, hacen resonar sus ecos por la campiña entre el silencio de la noche y la estension de aquellos campos.

«Sublime es tambien el espectáculo que de otro orden ofrece este mismo sitio, cuando se contempla desde la torre ó balcón de su celda prioral, en las altas horas de la noche de una estacion benigna, la diafanidad del inmenso cielo que la cobija y en cuya bóveda aparece enclavado el astro de la luna, desprendiendo hilos de plata sobre las tersas ondas del Guadalquivir, en las que deja retratar una prolongada columna de brillante lumbre. Ante aquella calma sepulcral de la naturaleza, ante aquel imponente silencio interrumpido solo por los gritos acompasados de los marineros al recojer sus redes (1), el alma se absorbe, sin que otro objeto venga á distraer nuestras miradas errantes, que el murmullo de las hojas de los árboles blandamente agitadas por el viento que balancea á la par un erguido ciprés sobre el mismo torreón que hace ángulo al antiguo murallon del castillo.»

Tal es la situacion que ocupa este primer convento de la órden tercera y franciscana de los establecidos en la rica Andalucía.

En el dia sus religiosos esclaustrados siguen permaneciendo como eclesiásticos de aquel templo parroquia, vistiendo el hábito clerical.

Un amigo nos refirió un dia una tradicion que se supone referente á este convento y que no vacilamos en contar, haciendo todas las salvedades necesarias.

A qué año ó á qué época se remonta? cual es el nombre verdadero de sus personajes? Esto es lo que no nos dijo nuestro amigo por ser cosa que la tradicion se calla.

(1) Por lo regular en frente de este mismo convento, de la otra parte del rio, vienen á situarse la compañía de pescadores del pescado propio de este rio llamado *Sabalo*, que la ciudad de Sevilla cuida de enviar todos los años á la mesa de los reyes de España para el dia de jueves santo.

II.

LA VOZ DEL ÓRGANO.

Dos jóvenes se presentaban cada dia invariablemente en la celda de un anciano benedictino el cual, aunque retirado en un convento de Sevilla, era conocido en toda la ciudad y acaso en todo el reino por sus vastos conocimientos músicos que, bondadoso y solícito, ponía a disposicion de todos los que querian utilizarse de ellos.

Tenia pues varios discípulos el buen anciano y contaba como á sus favoritos á los dos jóvenes citados que se llamaban Diego el uno y Salvador el otro, ambos hijos del pueblo que agrupaba sus casas como un rebaño tendido á la falda del cerro donde se alzaba majestuoso el convento de san Juan de Alfarache.

Diego y Salvador eran dos amigos íntimos, enlazados por un cariño tan verdadero que les hacia hermanos. Nada creian capaz de separarles, nada. Su maestro, el anciano religioso, se llenaba de alegría al ver aquella fraternal amistad y habíales compuesto para que tocaran y cantaran juntos una melodía cuya letra empezaba así:

Siempre unida nuestra suerte
á todas partes irá,
jamás adverso el destino
separarnos logrará.

Esta composicion en que el anciano habia vertido toda una verdadera riqueza de sentimiento y melancolía, arrebatava á los dos amigos cada vez

que la ejecutaban, y conocían que era como un nuevo lazo que les unía de una manera imposible de explicarse. Sus años corrían felices sin que turbara la calma de su amistad la menor pena, como no turba en un día tranquilo el menor soplo de viento la límpida superficie de un azulado lago.

Sin embargo, al cabo de tiempo, lo que no había conseguido la rivalidad del arte en varios años de la misma carrera, estaba á punto de alcanzarlo el amor, que es tan á menudo el ángel malo de los corazones entusiastas.

Ambos jóvenes conocieron en un mismo día á María, hija de un oscuro y nada rico hidalgo retirado en su pueblo, y ambos quedaron prendados de ella.

Diego frecuentó la casa de la hermosa doncella desde aquel día lo propio que Salvador, el cual sentía irse poco á poco amontonando en su corazón toda la hiel espantosa de los celos.

Una tarde dijo Diego al padre de María.

— Amo á vuestra hija, mi arte es toda mi fortuna, pero puede ser bastante para dos corazones cuya única ambición sea la de ser felices.

El hidalgo interrogó con una mirada á María que contestó ruborizándose y bajando los ojos:

— Amo á Diego. Bendecidnos, padre mio!

El hidalgo entonces tomó la mano del joven y la estrechó afectuosamente entre las suyas diciéndole:

— Dentro cuatro meses sé que deja su empleo el organista de San Juan de Alfarache. Obtend la vacante y sereis mi hijo.

Por lo que toca á Salvador, se alejó de Diego, dejó de asistir á las lecciones de su maestro, apenas se le veía; en su corazón no habitaba ya mas que una pasión exajerada llevada al extremo y que por lo mismo le llevaba á él al frenesí: los celos.

La asiduidad de Diego consolaba al buen maestro de la ausencia de Salvador, pero apenas podía comprender la rapidez increíble de los progresos de su discípulo. Era que Diego tenía un segundo maestro mas hábil, el amor, y que María era una inspiración mas poderosa para alimentar el entusiasmo.

Transcurrieron los cuatro meses durante los cuales el alma de Salvador alcanzó el colmo de la pasión, de la desesperación y de la ira.

Un anoche se presentó de improviso, pálido y alterado en la celda de su maestro, al cual hacia todo aquel transcurso de cuatro meses que no visitaba.

— Donde está Diego? — preguntó con breve y con imperioso acento.

— Diego! oh! Diego ha llegado á lo que tú nunca llegarás, hijo pródigo, — respondió el buen religioso contemplando con asombro las numerosas arrugas impresas durante tan poco tiempo en la frente de uno de sus dos discípulos favoritos. — Salvador, — prosiguió con un acento de dulce afabilidad, — mucho tiempo hace que no te había visto y muy cambiado te vuelvo á ver!

— Oh! no os sucederá lo mismo con Diego. Él es feliz.

— Y porque no has de serlo tú tambien? Porque no habeis de llegar á ser vosotros dos, mis mas queridos discípulos, el orgullo de mi vejez? Mira, á él todo le va viento en popa porque estudia y trabaja; mañana toma posesión de su empleo como organista de San Juan de Alfarache, y dentro ocho días se casa.

Las mejillas de Salvador se coloraron repentinamente con un vivo rubor, cuya verdadera causa estaba bien lejos de sospechar su pobre maestro.

— Donde está Diego? volvió á preguntar el joven. — Es preciso que le vea en seguida.

— Lo encontrarás, hijo mio, en la iglesia de San Juan, donde ensaya en el órgano su misa de recepción. Ojalá su ejemplo te inspire la idea de imitarle!

Una feroz alegría brilló en los ojos de Salvador que salió de Sevilla dirigiéndose hácia el cerro donde se elevaba el convento. Llegado allí, ocultando su rostro con el embozo de la capa, empuñó con su mano derecha una daga que asomaba por su bolsillo, y apoyándose en el pilar de la puerta, sin atreverse á entrar con su sacrilega intención en el templo del Señor, aguardó el momento en que, luego de haber concluido, bajase Diego de la tribuna donde estaba el órgano.

Estaba ya muy adelantada la noche, eran cerca de las doce: el templo se hallaba desierto y reinaba en su recinto una silenciosa oscuridad que añadía mayor misterio á la santidad que infundía el sitio; solo entreveía á lo lejos la mirada de luz pálida y trémula de una lámpara colocada en mitad del coro: parecia un alma pronta á extinguirse en aquella vasta tumba.

Repentinamente un primer acorde hizo estremecer la bóveda y estremecer tambien al único oyente que abajo en la nave había; en seguida comenzó el *Gloria in excelsis*; este trozo, tocado al principio con toda su sencillez, no tardó en ser repetido con variaciones, dando motivo é ins-

piracion á una fuga admirable. Nunca todavía el genio de Diego se habia elevado tanto, nunca su ejecucion habia sido tan conmovedora. Era todo lo que puede imaginarse de mas dulce y de mas grande al mismo tiempo en armonía, era la fuerza de la juventud unida al sentimiento puro, á la esencia esquisita de la música religiosa.

Salvador, inmóvil como la columna en que se apoyaba, se sintió sobrecojido por una involuntaria turbacion; un sudor frio corrió por todo su cuerpo, lo mismo exactamente que si hubiese sido el angel rebelde obligado á escuchar el cántico de los serafines del Eterno.

Un momento de silencio habia sucedido á los últimos acordes de la fuga.

El órgano volvió á empezar, pero esta vez fueron notas dulces, dolientes, melancólicas. Apenas esta nueva melodía fué á herir el oido de Salvador, cuando su cabeza inclinada se irguió, estremeciéndose de nuevo todo su cuerpo; sus ojos se llenaron de abrasadoras lágrimas.

Un recuerdo acababa de atravesar como un rayo su imaginacion.

En efecto, aquella nueva armonía era la misma que su anciano y bondadoso maestro habia compuesto para ellos dos, cuando ellos dos estaban unidos por el cariño mas sincero y fraternal, era la misma que habia escrito para que juntos la cantaran y juntos la ejecutaran: era en fin la dulce y sentida trova que empezaba así:

Siempre unida nuestra suerte
á todas partes irá,
jamás adverso el destino
separarnos logrará.

Entonces recordó Salvador las veces que entonando juntos esta composicion, arrastrados por el encanto irresistible de aquella suave y doliente música, se habian arrojado conmovidos en brazos uno de otro jurándose amistad y fraternidad por toda la vida.

Por otra parte, Diego tocaba en aquel instante esta composicion con un sentimiento admirable. Escuchábase Salvador con una emocion siempre creciente, y aquel hombre cuyo corazón habia un momento antes sido obcecado por un pensamiento horrible, fuese abandonando por grados á las mas dulces emociones, vertió lágrimas de ternura que refrescaron el ardor de sus mejillas, sintió respirar su pecho con mas libertad, y soltó su mano el arma destinada á librarle á un tiempo del mas detestado rival y del mas querido amigo.

Arrastrado por sus inspiraciones siempre renacientes, y siempre mas grandes y mas bellas, Diego hubiera pasado toda la noche en el templo, si una voz bien conocida no hubiese ido, dominando los sonos del órgano, á hacer resonar hasta el fondo de su corazón estas palabras:

— Diego, adios! sé feliz!

Diego bajó precipitadamente de la tribuna, pero en vano llamó, en vano buscó en la nave, entre los pilares: no vió á nadie.

Cuando iba á salir, meditando sobre este acontecimiento, que estaba pronto á creer un juego de su imaginacion, el pálido rayo de la lámpara hizo brillar á sus ojos un objeto al pié de una columna.

Se acercó.

Era un puñal.

El puñal caido de las manos de Salvador.

Al dia siguiente el dichoso Diego tomaba posesion de su empleo de organista de San Juan de Alfarache, y ocho dias despues acompañaba al altar á la hermosa María.

Desde aquel dia la comunidad de San Juan de Alfarache contó con un individuo mas; con Salvador.

